

El Pueblo

PERIÓDICO REPUBLICANO DEMOCRÁTICO

La correspondencia y canje al Director de este periódico, tanto para asuntos de redacción como de administración.

Se publica todos los domingos al precio de una peseta el trimestre. Pago anticipado. Número suelto 10 céntimos.

LA ACTIVIDAD

LEYENDA CASI FANTÁSTICA

AL DISTINGUIDO PERIODISTA Y LAUREADO POETA
D. Teodoro Llorente

La vida sería imposible sin el maravilloso talismán del trabajo.

A V., que con perseverante afán ha sabido arrancarle tesoros de tanta estima, dedica este pasatiempo su afmo. S. S. y capellán, Q. B. S. M., Manuel Thous.

El que no es cazador no puede formarse idea de los encantos que esta diversión ofrece. Aparte las gratas emociones que producen el cobro de las piezas, su calidad, y las cómicas y á veces extrañas peripecias que le acompañan, tiene los bruscos cambios de paisaje y perspectiva.

Hoy es la vega, de vegetación exuberante, matizada de árboles frutales, de verdes surcos de hortalizas y blancas casitas, la que le sirve de proscenio; mañana, el hondo barranco, obstruido por la maleza, la alta meseta, ó la peligrosa cortadura de solitario picacho.

Siempre tuve yo pasión por la caza, en la que he encontrado deleites purísimos, sirviéndome las más veces para olvidarme de la sociedad, reconcentrarme y absorberme.

Por efecto de tener un carácter impresionable, observo más que cazo. Hay tanto que aprender en la naturaleza, y tan de admirar son las costumbres, y hasta el ademán de la gente del campo, que nunca me canso de estudiarlos! Sobre ellos podrían escribirse muchísimos volúmenes, más veraces y de más utilidad que los que (dicho sea sin ofensa de nadie) devora la polilla y se pudren en las bibliotecas; lo que se comprende fácilmente, si se atiende á que los que escriben—salvo pocas excepciones—suelen hacerlo entre el vertiginoso movimiento de las ciudades, y en la reducida estancia por donde vagan y se deslizan en átomos impalpables, aparte la terrible pesadilla que produce la lucha por la existencia, pasiones y opiniones personalísimas.

Pero,—¿y la leyenda, cuándo empieza?—oigo que me pregunta V., impaciente y cansado de lucubraciones.—¡Calma! ¡calma! que todo se irá.

Pues, como iba diciendo, es la caza para mí, nada más que un pretexto; así me sustraigo al abrumador realismo de la vida; y el perro, la escopeta y el morral son la patente y cédula que exhibo para que nadie sospeche de mí, tomándome por distinta cosa de la que soy. Con este salvoconducto, entro y salgo donde quiero, y nadie osa entrometerse conmigo, por si miro con demasiado interés unas cosas, y me quedo embobado en otras.

En mi última excursión he tenido un singular encuentro.

Vagaba yo una tarde del mes de julio por las accidentadas extricciones de Bérnia, vuelto el rostro al soberbio monolito de Hifach, que como un gigante sumerge sus pies en el mar, contemplando impasible su inmensidad, y ei

pequeño pueblecito de Calpe, que, como un calado rapacejo al extremo de su túnica de granito, se dibuja. El sol se hundía allá lejos, dejando tras sí enormes aglomeraciones, rojas y brillantes, como de metales en fusión.

Comenzaba á sentirme invadido de esa reconcentración nostálgica que experimentan las naturalezas impresionables en presencia de alguna reliquia ú objeto que, al través de los siglos, ha sobrevivido á las generaciones, atribuyéndole por esta circunstancia algo maravilloso.

Ya me imaginaba ver en sus hoy solitarias laderas á una colonia de Focenses, haciendo sacrificios á Diana Efesia, ya en alguna espira de humo, la que producía el muérdago al quemarse ante su cruel divinidad por los celtas: al codicioso cartaginés apoderándose de él; á las naves de Roma, capitaneadas por los valientes Scipiones, desalojando al invasor, y ocupándole, en nombre de su invencible república; á éstos, vencidos por los bárbaros, y últimamente á Tarif, ciñéndole el abigarrado turbante musulmán; cuando me apercibí de que no estaba solo en aquellos agrestes sitios. Un joven de buen porte y simpática figura se hallaba junto á mí, haciendo sin duda lo que yo, si bien con alguna más comodidad, por hallarse sentado en un ribazo. Nos saludamos, y á poco de cambiar con él algunas cortes frases, comprendí que no era un sér vulgar el que con tanta lucidez se expresaba. En efecto: mi interlocutor era un español cosmopolita; uno de esos entusiastas jóvenes que, devorados por el ansia de saber, cruzan el mundo, deteniéndose en aquellos sitios que más les agradan, bien porque su belleza les atraiga, ó porque busquen en ellos algo que aprender ó comprobar. Mucho me alegré del hallazgo; y, por lo que al joven respecta, observé que tampoco le había yo disgustado. Como durante nuestra conversación nos había sorprendido el crepúsculo, sin darnos cuenta de ello, convenimos de común acuerdo encaminarnos á una cueva que yo me sabía, antes que la oscuridad y las asperezas del suelo nos lo hicieran de difícil ejecución. Tomando, pues, por una estrecha vereda de perdices, flanqueada de abismos, que, á través de inextricable laberinto de rocas y malezas se deslizaba, llegamos á la cueva. Un fósforo y una vela que saqué del morral, nos proporcionaron luz, que, al brillar de improviso en las tinieblas, convirtió en pequeños soles las innumerables estalactitas que la cubrían, reproduciéndola en sus facetas, y espantó un enjambre de murciélagos y vencejos. Cenamos algunos fiambres, y después de beber un trago de agua fresca y cristalina que manaba de la roca, encendimos un cigarro y nos fuimos á sentar delante de la cueva, sobre el mullido cesped de un pradecillo.

La noche estaba densamente oscura; percibiábase á lo lejos el sordo rumor de la onda en la arena; aspirábamos con deleite esas emanaciones acres que produce el agua salada, y el céfiro embalsamaba el ambiente de purísimos aro-

mas. La bella Orión, semejante á una enorme flor abierta allá arriba, en las inaccesibles mesetas del infinito, irradiaba torrentes de argentina luz; y huyendo de las tinieblas del suelo, clavábanse en ella nuestras pupilas.

Carlos, que así se llamaba mi amigo, estaba aún mas absorto que yo, y hube de sacarle de su abstracción, diciéndole:—¿No es verdad, amigo, que nuestra existencia sería muchísimo más dichosa, si la pudiéramos rodear siempre de estos bellísimos espectáculos, y si no figuraran en su escenario mas que seres hermosos y simpáticos como el que en este momento nos seduce y cautiva? ¡Ay!—continuó:—La sociedad es un potro, un verdadero ergástulo. Erigida en una especie de divinidad, mucho más déspota y cruel que la que aun impera en las orillas del Ganges, se apodera del hombre y le somete á los más extravagantes caprichos; falsea su carácter, y le roba sus nobles cualidades; le trata como esclavo, y le dá las condiciones de este, que son el rebajamiento moral, el servilismo hipócrita y cobarde.

—No culpe—me respondió—á la sociedad de lo que el hombre, al venir al mundo, ya trae inoculado en su seno: no es la sociedad la que le altera y perverte, sino él quien aporta á ella esos gérmenes.

Buena prueba de ello es que un solo hombre cambia de improviso el carácter y la fisonomía de una provincia y de una nación; puede, si quiere, imprimirle una marcha progresiva ó retrógrada, estancarla, hacer un pueblo de hombres honrados, laboriosos y activos, ó de vagos, petardistas y ladrones. A V., que es hombre ilustrado, no necesito aducirle ejemplos.

La sociedad, por su naturaleza, tiene que ser, como lo es nuestro propio organismo, el receptáculo de todas las buenas y malas pasiones, y campo abonado, donde prosperen, lo mismo la buena semilla, que la más detestable cizaña.—Según eso—le interrumpí—no es la sociedad quien elabora ese virus.—Ya he dicho—me contestó—que es el receptáculo, pero receptáculo también de grandes energías para combatirlo victoriosamente. Me explicaré. El hombre nada podría hacer por sí mismo: en satisfaciendo sus más apremiantes necesidades, se entregaría, como sucede en las regiones donde aún no ha constituido pueblo, á la holgazanería y al vicio. La sociedad, pues, recoge todas esas fuerzas dispersas, las suma y organiza, como hace un general con un cuerpo de ejército; y hecho esto, las lanza á la pelea; es decir, á la actividad y al trabajo, consiguiendo con esto dos cosas: dignificar al hombre suministrándole una triaca salvadora contra el veneno que lleva consigo, y proporcionarle medios de subsistencia.

Hay quien cree que perjudica á la sociedad esa plétora de vida, porque la congestiona: yo entiendo que no es la robustez, sino la anemia, la que menoscaba y pone en peligro. A un mar que sale de sus límites, se le cierra el paso con fuertes malecones; á un río desbor-

dado, se le sujeta con muros de contención, pero es imposible sacar agua de donde no la hay. Lo que importa es distribuir bien y ordenadamente esas energías, y no abusar arbitrariamente de ellas.

¡Y qué otra cosa es esa naturaleza, que tanto nos encanta, más que una sociedad compuesta de infinitas legiones de obreros visibles é invisibles, que incesantemente trabajan, elaborando en misteriosos talleres los elementos que la constituyen! pues cada uno de por sí no alcanzaría á fabricar un grano de arena. Ya conoce V. las condiciones de nuestro planeta; algo de las que debe tener esa magnífica estrella canicular, á tanta elevación suspendida, que, aunque todas las potencias de la dinámica se lo propusieran, no conseguirían alcanzarla en muchos millones de siglos. Pues todo ello es fruto de un trabajo colectivo.

Nadie se pertenece. Una gota de agua ¿para qué sirve? En cambio muchas gotas hacen un río, y muchos ríos el mar. He dado la vuelta al mundo: donde he sumado más hombres, he visto la abundancia; donde he contado menos, la pobreza; y en muchas partes el harapo de la miseria cubriendo la más repugnante inmoralidad. No extrañe que defienda con tanto ahínco mi teoría: soy partidario de la unión.

Además; no sé si sería sueño, pero yo tuve una visión que, por más que parezca fantástica, puede que no lo sea.

Los mundos maravillosos que nos abren hoy las ciencias, las artes y los descubrimientos, serían aún para todos un mito, si no hubieran existido visionarios como Newton, Colón, Franklin, Mungo-Park, Livingstone, Cervantes, Wagner, Byron y Rafael. No vaya á creer por eso que llegue mi atrevimiento á pretender compararme con ninguno de los que acabo de citar, ni mucho menos. Yo no soy más que un pobre bohemio, un oscuro reporter, que ando errante por el mundo, recogiendo datos y haciendo observaciones, que otros, más inteligentes que yo, utilizan en beneficio de la colectividad. Pero vamos á la visión.

Después de un día de fatiga, acababa de dormirme en una gruta de los Andes, cuando desperté de súbito, al percibir sobre mi frente el contacto de algo que, vivificando todo mi sér, me embriagaba de felicidad. Abri los ojos, agucé el oído y ni la gama tiene colores, ni la música ritmos, ni la palabra acentos para expresar lo que vi y oí.

Luz intensísima, como la que producen algunos meteoros que alumbran las noches del hemisferio austral, bañaba la gruta, mientras ténues, fugaces y dulcísimas notas, semejantes al suspiro del aura entre las flores, embargaban mi ánimo, predisponiéndole á alguna extraña marovilla...

Una joven de escultradas formas, ancha frente, correcto perfil, ojos grandes, negros, escrutadores y centelleantes, como la chispa que brota incandescente de la fragua, ceñida la cabeza con soberbia diadema de globos multicolores, en los que rielaba, formando capri-

chosos cambiantes la luz, y vestida de áurea túnica, recamada de piedras preciosas, que dejaba ver el diminuto pie calzado con elegante coturno, apoyando su dedo índice sobre mi frente me sonreía...

Atónito con semejante visión, iba ya á hincarme de rodillas, pensando, por una de esas supersticiones de la infancia, hallarme ante el espíritu de aquellas soberbias montañas, cuando la joven á quien muchedumbre de genios, llevando en sus manos todos los atributos de la ciencia, artes é industrias, acompañaba, detúvome diciendo:—Guarda para Dios el homenaje que ibas á prestarme, porque, aunque soy uno de sus espíritus, no puedo recibir otros atributos que los del trabajo. Tengo por nombre Actividad. Vengo de explorar los mundos del espacio. traigo la misión de inspeccionar éste, y me he detenido un instante en mi camino para saludarte...

Dios es e. manantial inagotable de la vida, que en caudaloso río fluye, llevándola hasta los más remotos globos que pueblan el infinito. Tengo á mi cuidado vigilar y darle cuenta de como las criaturas observan y cumplen las leyes que les ha prescrito, respecto al acrecentamiento gradual, como es justo, de todas las energías que la fomentan. Obrero fiel, te has distinguido en esa lucha noble y gloriosa. Continúa siéndolo, que la abundancia y la virtud echarán hondas raíces en las puertas de tu casa, sembrarán de flores tu camino, y serán el báculo de tu ancianidad.»

Dicho esto, y antes que yo pudiera articular una palabra, volvió á poner su dedo índice sobre mi frente y me quedé profundamente dormido...

Pendiente de la narración, que por lo maravillosa seguía yo, hasta en sus más mínimos detalles, al ver que Carlos no proseguía, me atreví á tocarle suavemente en el hombro y á llamarle; pero fué en vano, porque no dió señal alguna de haberme oído. No pudiendo, pues, hacer otra cosa, tomé el mismo partido, y me acosté hecha la cabeza una olla de grillos, con el ánimo fuertemente impresionado. El sueño huía de mis párpados, y á pesar de la inmensa fatiga que sentía, apenas si conseguía quedarme en ese medio eclipse del pensamiento, en que todo es incoherente, y las cosas adquieren formas y relieves extraños. No veía más que inmensas cordilleras de montañas formadas de disformes acantilados, que semejaban monumentos megalíticos, poblados de profundas cavernas, en cuyo fondo se reproducía la escena de la visión. En esos momentos, imaginábame ser yo el protagonista y, cuando lleno de embriaguez creía percibir sobre mi frente el perfumado hálito de la deidad, y la suave presión de su dedo, tornaba á la vida real, echando pestes contra el glotón de mi perro, quien por mal de mis pecados, desde que al alumbrar la cueva y espantarse aquellos avechuchos, los perseguía encarnizadamente, tomándome sin duda por alguno de ellos, me oliscaba, siendo en parte el causante de mi pesadilla y de provocar sus intermitencias.

Aunque, mal humorado, no tuve más remedio para librarme de la obsesión, y de las antropofágicas caricias de mi lebrél, que echarme fuera de la cueva, y apechugar monte arriba; lo cual me hizo el efecto de una ducha, porque el ejercicio y el fresco de la mañana, calmaron la depresión.

Cuando bajé del monte, el sol, semejante á un inmenso bolido que estuviera haciendo explosión en el mar, despuntaba por la línea del horizonte que dá

frente á Jábea; y ya encontré á Carlos levantado, con la cartera de viaje puesta en bandolera y el bastón en la mano para marchar. Iba á Alicante donde tenía que embarcar en un paquete que se dirigía á las Repúblicas del Ecuador. Nos dimos los buenos días: tomamos un frugal desayuno como el de la noche anterior, y después de abrazarnos, quizás para no volvernos á ver, él desapareció entre las quebraduras del monte con dirección á Altea, y yo me torné á Benisa, desde donde escribo esta verdadera relación.

M. THOUS.

Al corregir las pruebas de la primera página de este número, nos pasó desapercibida la siguiente errata:

Dice en la 4.ª columna, último párrafo, primera línea, de *esculturadas* formas; debía decir: de *esculturales* formas.

N. de la R.

La Iberiada

Habiendo sido honrados, por el señor Director de este periódico, con el envío del primer canto del tomo primero de un poema que con el epígrafe que encabeza estas líneas acaba de publicar el conocido escritor señor D' Ayot, no podemos resistir á la tentación en que, de hacer aunque sea un ligero estudio, nos ha hecho caer la lectura de tan interesante obra.

No poseemos en verdad méritos suficientes para hacer de ella un estudio crítico profundo, tal cual se merece la importancia del asunto de que trata y la galanura del lenguaje con que está escrito, no obstante á ello nos atrevemos guiados solamente por el deseo de que nuestros lectores tengan, aunque muy sucinta, una idea del laudable propósito que ha conducido al autor á darla á la publicidad y del honroso objetivo que persigue, que no es otro que levantar del polvo en que yacen recuerdos gloriosos de nuestras predecesoras generaciones.

Después de unos brillantes párrafos que á manera de prefacio dirige al idioma castellano, haciendo de modo completo resaltar la riqueza de sus palabras y la dulzura de su expresión, notando de paso que ha sido el lenguaje del imperio más grande del mundo y con el que el hombre puede manifestar sus afectos con verdadera propiedad y como encarnando su sentimiento en la palabra, pasa á dirigir una poética y sublime invocación á la naturaleza sintetizada en la misteriosa noche, en que de la luna reclinada en el horizonte y escurriéndose por un argentino rayo descendiendo su hermosa musa para ponerle en las manos la lira gloriosa con que ha de cantar en prosa soberana á la sin par Iberia, á cuyos antiguos manes, leyendas, sombras ilustres, tradiciones y hados, invoca y conjura á serle propicios y con su ayuda emprender el loable trabajo que su cerebro concibió.

¡Toledo! He ahí la primera estrofa con que comienza el poema «La Iberiada». Por todos los ámbitos de España hay recuerdos de todas clases y á cual más sublimes; puede muy bien decirse que es una caja de joyas, pero para el exámen de todas hay que dar principio por una, y esta una no podía ser otra que la artística é imperial Toledo, cuya más brillante piedra preciosa es sin duda la catedral.

Así lo ha comprendido el autor, poniendo en primer lugar la descripción artística de sus naves, sepulcros, colum-

nas, estatuas, trofeos, bordados capiteles, severas imágenes encarnación divina del genio de un artista, en fin, de todo aquel admirable y sin par conjunto, que con su grandeza é imponente magestad hace al más impío inclinar la frente y doblar la rodilla. Más esos recuerdos no se conservan tal como cuando fueron colocados. Las tropas francesas que invadieron nuestro suelo, á principios de siglo, dominadas exclusivamente por el fanatismo de poner todas las naciones bajo el cetro del primer Napoleón, nada respetaron, en la arquitectónica catedral á guisa de cuartel se alojaron, quemaron para calentarse cuadros de inestimable valor, rompieron capiteles, borraron inscripciones, mutilaron estatuas por más de un concepto dignas del más profundo respeto, incurriendo así en una profanación artística que por desgracia no tiene remedio, manchando, por último, con sus blasfemias, el lugar sagrado en donde no se habían escuchado más que fervientes plegarias y dulces himnos al compás de las melodiosas notas de su soberbio órgano. que en sonoras ondas se perdían confundidas con las nubes de incienso que al pie de los altares se quemaba. Esta profanación artística llega al corazón del autor, dando lugar á que de su pluma se desprendan, no melancólicas y llorosas estrofas á lo Ovidio, no concepciones elegantes á lo Lamartine, sino férreas imágenes, punzantes, duras y brillantes como la espada de Aquiles, que van á clavarse sin compasión en mitad del pecho de la causa primordial de aquellos destrozos, de Napoleón. En esta parte, si hemos de ser veraces, tócanos manifestar que no estamos de completo acuerdo con el autor, pues si bien están muy bien aplicados los duros epítetos que en nombre del arte le aplica, parecemos que en su escrito debió cual nuevo Tancredo ir después de la lucha en busca de agua, con su casco á la fuente del perdón, y en ella mojar la pluma, puesto que á más de muchas consideraciones que por no ser propias de este lugar omitimos, basta á relevarle de tan importante cargo, el que con esta y otras profanaciones artísticas diera lugar á una epopeya tan grande como el 2 de Mayo.

Ocupase el autor á renglón seguido, del Alcazar y del castillo de S. Servaneto, ambos de los cuales no son ya ni sombra de lo que fueron, el primero debido á un incendio, el segundo á la inflexible ley del tiempo que destruye las formas convencionales que damos á la materia; inapreciables recuerdos que solo permiten á nuestra fantasía escuchar amorosa leyenda, en el dulce sonido de la guzla ó ver tras la saetera un balletero.

Á medida que progresivamente han ido los pueblos avanzando por el camino augusto de la civilización, dejando á un lado rancias preocupaciones, con predilección marcada se han ocupado en la reforma de las leyes á que ineludiblemente toda sociedad debe sujetarse. Así debió pensar una gran figura de la historia, Alfonso X el sabio, evocado con oportunidad en «La Iberiada», al emprender y llevar á feliz término la reforma de las leyes de su época que dejaron atrás el código de Eurico y las leyes de Justiniano, siendo aún en el día su código de las Siete Partidas base en que se cimentan algunas de las leyes que se promulgan, lo que unido á sus Cántigas dánle gran relieve y envuélvese en nimbo de gloria su profunda ciencia y su sentimiento artístico.

Sigue á esta evocación una muy brillante y valiente apología de la espada

toledana, espada empuñada por tantos héroes, invencible arma genuinamente española á cuyos destellos fueron vencidos cartagineses y romanos, árabes y francos, flamencos y germanos, fué conquistado medio mundo y levantado con su hoja, flexible cual una culebra, monumentos imperecederos en los anales de la historia patria.

Termina este canto primero recordando al defensor heroico de las libertades castellanas, al comunero toledano Juan de Padilla, de alma grande y generoso corazón, que á pesar de la simpática causa que defendía, tuvo el dolor de ver sus tropas deshechas, sus banderas pisadas, destrozados sus yelmos, y el mismo en poder de un enemigo tan implacable, que en un miserable cadalso hizo cercenar su cabeza.

Tal es á grandes rasgos la obra del señor D' Ayot, digna de leerse, y de la cual, á medida que váyanse publicando los sucesivos cantos, iremos dando cuenta de ellos á nuestros lectores.

HONORIO PONS Y ZABALA.

Mahón 30 Noviembre 1893.

ECOS

Soberbia campaña será la que los rusos van á regalar á sus amigos los franceses.

Un periódico moscovita, deseando señalar con algo solemne y sonoro la buena amistad que une á los dos países, ha iniciado una suscripción para regalar á Francia una campana colosal, que no tenga que envidiar nada á las mayores que hoy existen en el mundo.

Los rusos han aceptado gustosos la idea, y entregan su óbolo para ese fin.

La campana se construirá en las fundiciones de Waldai, y su coste se calcula en unos dos millones de rublos.

En la parte inferior llevará la siguiente inscripción: *Tolón-Cronstadt*, y será bautizada con el nombre de *Campana de la paz*. Se expedirá directamente de Cronstadt en un buque especial, que por cierto no tocará en tierra alemana.

Dice la «Correspondencia de España»: «Nuestro corresponsal en Sahagún, provincia de León, nos manifiesta en carta de ayer, que en dicha villa se ha dado el caso, nuevo en España, de que á la elección de concejales no haya concurrido ningún elector.

Lo raro de esta abstención es que ha alcanzado hasta el mismo Alcalde, á los concejales que hoy constituyen el Ayuntamiento y los individuos de la mesa electoral, pues ninguno de estos individuos han votado.

El pueblo de Sahagún, por lo visto, prefiere concejales de real orden á los que elija el sufragio universal.»

El viernes último, al partir de Vendrell los reservistas, el padre de uno de estos, profundamente emocionado al despedirse de su hijo, recibió tan fuerte impresión, que quedó muerto en el acto. El atribulado hijo, no sabiendo que hacer ante caso tan terrible, optó por marchar, yendo donde el deber le llamaba.

El difunto, llamado Pablo Llansá (a) *Pau Fi*, era uno de los antiguos marineros que á las órdenes de Mendez Nuñez combatieron en el Callao.

Es cosa que ha llamado la atención en los centros oficiales el gran número de cartas que se ponen en circulación con sellos de franqueo ya usados.

Este abuso, contrabando, fraude, ó como quiera llamarse, no se explica ratándose de la insignificante cantidad

POESÍAS

EL GATO DE SOLEDAD

Tiene un gato mi vecina
Soledad, muy singular;
es el mejor ejemplar
de la progenie felina.
Tiene muy rubio el pelambre
y hermosísima la piel
y aunque come cual lebre
siempre está muriendo de hambre.

Amante del escabeche,
pirrase por la papilla,
agrádale la morcilla
y sobre todo la leche.

Así que nuestra patrona
aunque compasiva y buena
ha de cerrar la alhacena
porque no le dé la mona.

Soledad está embobada
del gato y juega con él
poniéndole un cascabel
con una cinta encarnada.

No hay mujer que no maldiga
en toda la vecindad,
al gato de Soledad
que á vigilar las obliga.

Vive en casa un caballero,
comisionista en arrope,
que aunque joven es muy miope
y muy poco bullanguero.

Tiene el tal por nombre Paco,
por apellido Rioseco,
es alto, escuálido, enteco
y amante del buen tabaco.

Días atrás se encontró
con que su caja preciada
estaba toda mojada
y que olía á qué se yó.

De entonces tal desazón
le dá el gatito endiablado,
que si lo coje, ha jurado
tirarlo... por el balcón.

Y durante todo el día,
con un flexible junquillo
persigue al gato que, pillo,
le embiste con osadía.

Pero don Paco es muy zote
y no ve, en su ceguedad,
que el gato de Soledad
necesita un buen garrote.

La vecina está indignada
con el que llama cegato,
porque le persigue el gato,
que es su joya idolatrada.

Y el diantre del animal,
protegido por su ama,
ya no teme ni se escama
aunque vea cerca el mal.

A mí me tiene cansado,
con tanto y tanto jugar...
mas si le quiero tocar
me araña ó me da un bocado.

Soledad con ello ríe,
y el gato bajo el vestido
saca la pata atrevido
y á impertinencias me frie.

Y sin dejarme que hable
juega con sus manecitas,
con el cordón y borlitas
negras, que penden del sable.

Pero más no aguantaré
tanta carga, lo aseguro,
porque de castaño oscuro
pasa ya la broma á fé.

Mañana si tengo un rato
ó si traigo chamusquina,
iré y diré á mi vecina
que voy á cojerle el gato.

Y sinó á la autoridad
daré parte, que á no pocos
nos ha vuelto medio locos
el gato de Soledad.

JUAN F. FÁBREGUES PONS.

Madrid 7 Agosto 1887.

L'AMOR Y 'L VANO

A LA SENYORETA R. D.

Molt bé recordo
quan en lo ball
juntets parlavam
de nostre amor;
molt bé recordo
que 'l vano téu
quan tú 'l movias
era pé 'ls dos.

Ell duya uns ayres
oxigenáts
que 'ns procuravan
respiració;
ell que 's movia
al téu impuls
aminorava
nostra calor.

Quan me portava
de ton respir
tan sols un átom
suau y amorós,
flayre de rosas
n' era per mí
que m' embaumave
dantme vigor.

Quan exhalavas
fondo sospir
y 'l trasmétia
fon vano hermós,
dins mí vibrava
ab dols accént
com si las fibras
polsés del cor.

Moments passavan
t' hauria dit:
—llensa aquest vano,
sofrim calor;—
puig ell tapava
massa sovint
ta hermosa cara
com quan fa sol.

Llavors t' ho deya,
mes ara t' dich:
guarda aquell vano
nostre conhört,
l' ayret que grónxa
de grat ambient
als dos encisa
com nostre amor.

Franch com soch, nena,
t' haig d' expressar
qu' en ta má 'l vano
es tan preciós,
que mereix porti
un vers escrit...
nó de ma ploma:
d' un bon autor.

Molt bé recordo
quan en lo ball
d' amor parlavam
juntets los dos.
Molt bé 'm recordo
del vano aquell
qu' era 'l compendi
de nostre amor.

E. RIERA PUJOL.

St. Esteve de Castellar, 1893.

A UNA MODISTA

No hay alas como sus alas,
ni flores como sus flores,
ni galas como sus galas,
ni albor como sus albores.

No hay talle más hechicero,
ni perfil más agraciado,
ni rostro más placentero,
ni pié mejor modelado.

Apenas, la luz asoma
entre mil vagos murmullos,
y al viento dá la paloma
sus más amantes arrullos.

¿Dónde va la modistilla
tan gentil, tan vaporosa,
rebujada en la mantilla
que al aura se mueve airosa?

¿Dónde va entre niebla fría
esa niña delicada
anticipándose al día
del que es rival su mirada?

Bien así como ondulante
rosa de fresco arrebol,
al amanecer, fragante,
y mustia al ponerse el sol.
O como perla que el mar
guarda celoso en sus ondas,
ella, más bello ejemplar
va á sepultarse entre blondas.

¡Pobre niña! aunque tan bella,
ya sientes el padecer
porque no plugo á tu estrella
riquezas darte al nacer.

La dura necesidad
te impone la condición
de halagar la vanidad
de un mundo sin corazón.

Y cuando en regias mansiones
ricamente decoradas
vense brillar las creaciones
de tus manos delicadas.

Y cual lindas mariposas,
recamadas de tisú
brillar millares de hermosas,
menos hermosas que tú;

Yaces tan oscurecida
pobre joven, que aún allí,
debiendo ser aplaudida
nadie se acuerda de tí.

Mas no pierdas tu alvitez
al verte en tanta pobreza
¡oh joven! que la honradez
vale mas que la riqueza.

Si te afije el menosprecio
y abate la suerte impia,
contempla que el mundo es necio
y que la suerte varia.

Reserva tu juventud
de la impura corrupción,
y hallarás en la virtud,
sublime compensación.

Con fé lucha, ten valor
y alcanzarás la victoria,
que no hay lucha sin dolor
ni sufrimiento sin gloria.

M. THOUS.

Mahón.

Cantares del soldado

Colores de sangre y oro
lucen en nuestra bandera,
¡no hay oro para comprarla,
ni sangre para vencerla!

¡No he de luchar por mi patria
si tengo una madre allí,
cuyos ojos no se secan,
desde que me vió partir!

Al abrazar á mi madre
me dijo antes de partir:
—Acuérdate de tu patria,
aunque te olvides de mí.

Morena, guarda tus besos,
que han de ser muchos y grandes,
pues quiero que me des uno
por cada moro que mate.

Mi madre en su despedida
en mi frente puso un beso
rozó aquel sitio una bala
y sin herir cayó al suelo.

Si es que en el combate muero
quiero tener por mortaja

un pañuelo de mi madre
y la bandera de España.

Pensamientos

¿Qué escándalo ha precedido
á la invención del vestido?
¡Y, qué delitos tan graves
á la invención de las llaves!

Bartrina.

—¿Qué es la maldad? Dios que se
duerme en la conciencia humana.—
Victor Hugo.

—La poesía es el perfume que al eva-
porarse deja en nuestra alma la esencia
de la belleza.—Richter.

—No bastan dice Emilia—un año ni
dos para conocer el carácter de un
hombre. Son abismos que á nosótras
nos devoran: y cuando se hartan nos
arrojan de sí.

—Si el llanto de los desleales pudiera
fecundar la tierra, de cada gota nace-
ría un cocodrilo.—Shakespeare.

—¡Filosofía! Tu luz, como la del in-
fierno de Milton, sólo sirve para hacer
visibles las tinieblas.—Merval.

—El comercio es el arte de abusar de
alguno que necesita alguna cosa.—
Goncourt.

Chascarrillos

En los pasillos del Congreso, entre dos
padres de la patria:

—Usted no tiene competencia para
criticar mis discursos. ¿Qué sabe de elo-
cuencia un diputado que en todo lo que
va de legislatura no ha abierto la boca?

—Está usted equivocado—replica el
otro.—Siempre que usted ha hablado he
abierto la boca... para bostezar.

En un examen de anatomía:

—¿Cuáles son los últimos dientes que
echa el hombre?

—Los postizos.

ANUNCIOS

Poesías

DE
DON JOSÉ ZORRILLA

Se venden al precio de 5 pesetas el
ejemplar en la imprenta de D. Ber-
nardo Fábregues, Nueva, 25.

AFINADOR DE PIANOS
DEYA, 47.

Imprenta de Bernardo Fábregues

San José, 69

DESPACHO: Calle Nueva, 25